

POLÍTICA E INTELLECTUALES EN LA HISTORIA RECIENTE DE BOLIVIA (1985-2012)*

Bruno Fornillo**

Mariana Canavese***

Resumen

Dentro de la tradición de pensamiento particularmente rica que presenta Bolivia, ensayamos un acercamiento a la práctica intelectual desde los años '90 hasta la actualidad. Repasamos, entonces, algunas líneas ideológico-políticas centrales creadas por una intelectualidad que desde el año 2000 absorbió y contribuyó al reverdecer de la participación popular. Luego sondeamos el tipo de articulación que entrevió entre sí, con los movimientos sociales y con el espacio público en general. Finalmente caracterizamos el rol que jugó desde el arribo del “evismo” al poder, dando cuenta de las principales transformaciones y desafíos que presenta la actual gestión. Postulamos la novedad

Abstract

Inside the particularly rich tradition of thought that shows Bolivia, we analyze the intellectual practice from the 90s until now. We review some ideological-political lines created by the intelligentsia that, since 2000, contributed to the rejuvenation of the popular participation. We explore the type of articulation between each other, with the social movements and the public space. Finally we characterize the role played by the intellectuals since the arrival to power of the “evismo”, realizing the major transformations and challenges presented by the current administration. We postulate the innovation of an intelligentsia that got along both in the social fight and in the “state peak”, se-

* Artículo Tipo 2: de reflexión, según clasificación de Colciencias.

** Investigador del CONICET. Historiador por la Universidad de Buenos Aires, Master en Sociología de la Cultura por el IDAES (Universidad Nacional de General San Martín), Doctor en Ciencias Sociales por la UBA y en Geopolítica por París 8. Integra el Instituto de Estudios sobre América Latina y el Caribe (Facultad de Ciencias Sociales, UBA) y la Cátedra de Historia de América Latina Contemporánea (Facultad de Filosofía y Letras, UBA). Es autor de *Debatir Bolivia* (con Maristella Svampa y Pablo Stefanoni, 2010) y de *Releer Althusser* (con Alejandro Lezama, 2003). E-mail: bfornillo@gmail.com

*** Doctora en Historia por la Universidad de Buenos Aires y la École des Hautes Études en Sciences Sociales. Historiadora de la UBA y obtuvo el DEA en Cultura y Sociedad en el IDAES (Universidad Nacional de General San Martín). Becaria postdoctoral del CONICET, docente de Historia de los Sistemas Económicos y Teoría e Historia de la Historiografía en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA y periodista. Participa en el proyecto PICT “Publicaciones periódicas y proyectos editoriales de las formaciones intelectuales nacional-populares y de izquierda en Argentina (1910-1980)”, de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica de Argentina. E-mail: mcanavese@gmail.com

de una intelectualidad que se desarrolló tanto en el llano de la lucha social como en la “cumbre estatal”, a distancia de las figuras arquetípicas en el trabajo de las ideas.

Palabras clave: Intelectuales, Bolivia, Movimiento al Socialismo, Movimientos sociales.

parated of the archetypal figures of the ideas work.

Key words: Intellectuals, Bolivia, Movement to Socialism, Social Movements.

El campo de las ideas, su historia y contexto

Como un eco del retorno indianista que surcaba la extensa cordillera andina, las huestes campesinas movilizadas en noviembre del año 1979 tomaron pueblos y cercaron ciudades en respuesta a la huelga general convocada por la Central Obrera Boliviana (COB). Para entonces, René Zavaleta Mercado diagnosticaba la emergencia de un “bloque histórico”, ya que por primera vez y frente al militarismo golpista, la “indiada” salía al encuentro del combativo sindicalismo minero, cifrando así la temporalidad originaria que hoy anima la vida histórica de Bolivia. Esta súbita aparición rural respondía a la erosión que sufrió el pacto militar-campesino a causa de la “matanza del valle” que dispuso el general Banzer cinco años antes, pero fundamentalmente a la acción del katarismo, una corriente ideológica –cuyo nombre remite a la sublevación conducida por el líder aymara Tupac Katari a fines del siglo XVIII– basada en motivos culturales indianistas y luchas reivindicativas que terminaría por levantar la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB), principal órgano autónomo de dirección rural. Irrumpe del “fondo histórico”, por tanto, “la era del sentimiento katarista”, núcleo duro de la subjetividad política subalterna que, de ahí en más, le dará el pulso a la emergencia indígena-campesina (Zavaleta, 1983:24). El principal antecedente cercano de la singularidad global que representa Bolivia es, en consecuencia, una acción de fuerza que es también un hecho político-cultural. Si hasta entonces la narrativa emancipatoria había girado en torno a la centralidad del movimiento obrero minero el peso que irán adquiriendo las sociedades subalternas indígenas y campesinas rediseñaría el mapa entero del mundo popular. Acompasando este rumbo, más temprano que tarde también comenzará a jugarse una modificación en la práctica intelectual local y sus modos usuales de articularse a la política.

Ciertamente, a lo largo de la historia del siglo XX la amplitud de los vasos comunicantes entre el campo intelectual y la sociedad no ha dejado de ser

alimentada, tensando cada uno de los ciclos políticos del país. La tan profunda como original presencia que demostró la intelectualidad de la izquierda partidaria en los socavones mineros donde se tramaba el movimiento obrero –desde sus orígenes anarquistas, pasando por el influyente trotskismo hasta la creencia comunista, soviética– ejerció su impronta en la constitución del sindicalismo revolucionario, que permanentemente “irradió” el clasismo obrerista en el seno de los trabajadores; a lo cual se sumó la marca cultural urdida por influyentes pensadores libertarios como Tristán Maroff, Quiroga Santa Cruz o Sergio Almaraz Paz, que apuntalaron la extendida cosmovisión de la izquierda local (Cajías, 2007). No ajeno a esta vertiente, el clima de ebullición político cultural que detonó la derrota frente a Paraguay en la Guerra del Chaco a mediados de 1935, fue el cultivo para la gestación de un “segmento nacionalista” que confluyó en el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR); cuyos principios ideológicos –claramente expuestos por Carlos Montenegro en *Nacionalismo y coloniaje*– dividieron a Bolivia entre la oligárquica anti-nación de la “rosca minera” enlazada a los intereses foráneos y el sentir autóctono, mestizo y popular. Conquistada la Revolución del 52, el ala dirigente no fue otra que “la clase media intelectual y profesional” (García Linera, 2009:11), la cual convirtió en enunciación de Estado la necesidad de subordinar el capital para ganar la independencia nacional. Más aún: los recientes ideólogos del neoliberalismo, en evidente disonancia con aquel perdurable ideologema nacional revolucionario, han sido continuadores de esta tradición local de tallar decisivamente en la arena política y estatal.

Ahora bien, en este país mediterráneo, la capacidad del sector intelectual –que tiende a no ser muy concurrido y suele pertenecer a los estratos medios– para signar de modo determinante la cultura política no solo se explica por el sólido legado que lo anima, sino que tiene por condición general una estructura social específica, la misma que facilita la radicalidad de las organizaciones sociales. Con los años, la debilidad de la elite económica y de la clase política para dirigir el país y “sintetizar” los intereses de la población ha sido notoria. Igual de gelatinoso fue el entramado institucional encargado de sedimentar la ideología corriente en las sociedades modernas (influyentes redes de comunicación de masas, complejos aparatos educativos, sistema político partidario más o menos estable, etcétera). Y a diferencia de otros países latinoamericanos, el aparato represivo –aunque trágico– es menor. Como consecuencia, al Estado se lo acusó de “atrofia hegemónica”, se lo llamó “aparente” y la tarea de erigir la nación recibió el mote de “inconclusa”. En contrapartida, la densidad de la sociedad civil plebeya, sus estructuras sindicales, comunales y barriales de organización, son el marco de un repertorio ideológico multicultural y popular que se esparce sobre la totalidad de la geografía boliviana,

y hablan de la robustez del “subsuelo político” (Tapia, 2001). En medio de estas condiciones, sin la competencia tenaz de otros productores ideológicos y contando con estructuras políticas firmes en la base civil, la práctica intelectual goza de una resonancia considerable y de un pronunciado “efecto ideológico estatal”. En cierto sentido, se trata de un entorno favorable para la circulación y la recepción nacional de las ideas. Esta característica representa una especificidad de la abigarrada sociedad boliviana que traza una diferencia con respecto a buena parte de las naciones vecinas “modernizadas” del subcontinente.

Dentro de la tradición de pensamiento particularmente rica en la articulación de sectores sociales que presenta Bolivia ensayamos aquí un acercamiento a su último eslabón, fundamentalmente desde la era neoliberal a la actualidad. Ante los tópicos ya instalados y no menos visitados –las medidas públicas del masismo, el temple carismático de Evo Morales o la dinámica de los movimientos sociales– apostamos por escudriñar el laboratorio político local por el sesgo de lo que genéricamente podríamos llamar –con Bourdieu– el campo intelectual (Bourdieu, 2003a). Arriesgamos en torno a él una serie de hipótesis para así contribuir a un área de indagación que se encuentra en ciernes, debido al importante papel que jugó en el espacio hegemónico. De modo que repasaremos algunas líneas ideológico-políticas centrales creadas por una intelectualidad que absorbió y contribuyó al reverdecer de la participación política; luego sondearemos el tipo de articulación que entrevieron entre sí, con los movimientos sociales y con el espacio público en general; para finalmente caracterizar el rol que jugaron desde el arribo del “evismo” al poder, dando cuenta de las principales transformaciones y desafíos que presenta la actual gestión. A lo que apuntamos es a tratar de delinear las coordenadas novedosas de una intelectualidad que se desarrolló tanto en el llano de la lucha social como en la “cumbre estatal” a distancia de las figuras arquetípicas en el trabajo de las ideas. En concreto, se trata historizar el recorrido reciente que fue mixturando con solvencia e inteligencia emergente, dispositivos colectivos de intervención y una clara acción callejera; algo que por momentos tuvo el mérito de conmovir las fronteras que dividen la política del saber.

Práctica intelectual entremedio de los años 90

A semejanza de otros países del subcontinente, los años noventa vincularon al Estado una gama amplia de “consejeros” compuesta por técnicos, consultores, economistas, cientistas sociales y una administración pública acorde que fue responsable de soldar la confluencia de voluntades hacia el sistema de partidos y del “elogio necrofilico del mercado” para así legitimar la expansión de las

élites económicas y ensayar la antítesis al intervencionismo estatal pregonado por la revolución del 52 (Barrios Suvelza, 2005:41). Atraído por la sensibilidad indigenista que expresaba el neoliberalismo global –luego transformada en una “oportunidad cultural”¹–, el movimiento katarista tuvo por entonces un filón que sufrió el mote de “cooptación estatal” (García Linera, 2005:22), ya que no pocos de sus partidarios –así como antiguos adeptos del izquierdismo local– se sumaron al mandato de Gonzalo Sánchez de Lozada; incluso una de sus principales figuras, Víctor Hugo Cárdenas, ofició de primer vicepresidente aymara. Pese a que la matriz de creencias del “gonismo” logró una pregnancia discursiva que arraigó durante década y media², paulatinamente el nacionalismo latente convivirá con motivos indianistas reivindicativos –cuya máxima expresión fue la frustrada tentativa armada del Ejército Guerrillero Tupac Katari de reponer el Tahuantinsuyo–, mixturados con otros repertorios igual de contestatarios: el obrerismo de izquierda, la prédica antimperialista, el lenguaje de motivos de la protesta plebeya que en Bolivia es el pan de cada día, para mantener en vilo una suerte de cultura política local que presenta idearios disruptivos asentados en las sobrepuestas memorias históricas del país. En este contexto, una serie de dispositivos y grupos abocados a la producción de las ideas irán desarrollando una crítica al sentido ideológico corriente, logrando insertarse en distintos registros de la esfera cultural, y cuya particularidad consistió en la especial resonancia que produjeron en la dinámica de los movimientos sociales.

A mediados de los noventa, Xavier Albó y Esteban Ticona señalaban la lenta “renovación del discurso político-ideológico” katarista y situaban como sus principales artífices a lo que llamaron la “*intelligentsia* aymara urbana”, que desde hacía tiempo venía accediendo a la educación superior –gracias a lo cual saldrán a la palestra pensadores de neto perfil indianista, agrupados en el Taller de Historia Oral Andina (THOA) por ejemplo, impulsado por Silvia Rivera Cusicanqui–. Hijos directos de la modernización mercantil, así como de los procesos de hibridación propiciados por la inmigración a las zonas periurbanas de las grandes ciudades –siendo El Alto el caso paradigmático–, estos intelectuales preservaban la circularidad campo-ciudad y constituían una suerte de “organicidad comunitaria”

1 Con el propósito de seducir a los votos indios y mestizos, debilitar a la COB y adaptarse al “reconocimiento a la minorías”, una serie de medidas de rostro amable acompañaron el período neoliberal: la apertura de carteras ministeriales dedicadas a los temas de género e indígena, el apelativo a lo “multicultural” en la reforma constitucional del 94, la revisión de la ley agraria, el impulso a un nuevo sistema nacional de municipios, entre otras. Estas políticas públicas terminaron por propiciar una oportunidad político-cultural a las fuerzas en ascenso, muy particularmente la municipalización, ya que abrió la puerta para los triunfos electorales en avalancha del Movimiento Al Socialismo (MAS) en las jurisdicciones locales.

2 En consonancia con lo que podría denominarse el “menemismo” o el “fujimorismo”, el “gonismo” significa, en términos amplios, la suplantación de los núcleos que articulaban las identidades del pueblo y la nación por el eje democracia representativa-modernización de mercado (Mayorga Ugarte, 2007).

que se amalgamaba prontamente con la dirigencia campesina; principalmente de la ya citada CSUTCB (Albó Ticona, 1995: 71 y subs. y Ticona, 2000). El katarismo reciente, que se inserta en el registro de la “memoria larga” y tiene al autor de *La revolución india*, Fausto Reinaga³, como uno de sus mayores animadores, vendrá a desarrollar una visión del mundo que tendió a producir tres desplazamientos centrales. En primer lugar, comenzó a sustraerse de la tonalidad culturalista y telúrica –pachamámica– que promovía el reformismo liberal del gobierno. Seguidamente, apuntará a horadar cada vez más los núcleos que subtendían el anterior y persistente nacionalismo revolucionario: lo meramente campesinista dejará lugar al problema de lo aymara y lo quechua y –más genéricamente– de lo “indio”; la homogenización mestiza y nacional, a lo multicultural; lo étnico se fundirá en lo nacional, pero en exterioridad con las fronteras del país, en la medida en que el Estado mismo se pondrá en tela de juicio. En su lugar, mientras el comunitarismo originario señalará la base, lo plurinacional irá diseñando el nuevo horizonte político. Por último, la entera historicidad republicana pasó a ser una manifestación más del “colonialismo interno”, el cual se postulará como una contradicción igual de sustancial que la de clase (Ticona, 2000).

Esta intelectualidad de raíz comunal y ligada a los procesos de dirección y aculturación de las organizaciones territoriales jugará su papel al nutrir la “atmósfera ideológica” del “proyecto descolonizador” y apuntalar la constitución de nuevas organizaciones –a lo que también abonó la diáspora sufrida por el aguerrido contingente minero– (Prada, 2010:2). De este modo, la narrativa indianista fue ensanchando sus orígenes kataristas y extendiendo su inaugural asiento andino para ramificarse y hacerse carne de nuevas articulaciones. Así, un “retorno de lo indio”⁴ ancló en la conformación en 1997 del Consejo Nacional de Ayllus y Marcas del Qoyasuyu (CONAMAQ), especialmente en el norte de Potosí. Asimismo, en la región oriental –que nunca supo de la reforma agraria del 52–, nació la Asamblea de Pueblos Guaraní (APG) o se consolidaba la Confederación de Pueblos Indígenas del Oriente Boliviano (CIDOB), para ir alimentando un bloque dirigencial entrenado en el lenguaje de la ruta, el territorio y la protesta. Tenemos entonces un tipo de intelectualidad que fue clave a la hora de recrear, propagar y sedimentar una visión

3 Fausto Reinaga afirmó de sí mismo: “No soy escritor ni literato mestizo. Soy indio (...) Mi ambición es forjar una ideología india; una ideología de mi raza”. Luego de una primera etapa marcada por el marxismo-indianismo, que obedecía a su “euforia socialista”, pasará a sentar bases de la cosmovisión andina desechando todo rasgo “occidental”. Su Manifiesto del Partido Indio de Bolivia orientó la fundación de una tentativa electoral de escasa prédica durante los años 80, pero indudablemente materializó esa ambición precursora de dar a luz gran parte de los fundamentos sobre los que se asienta el indianismo boliviano actual (Reinaga, 2007:13).

4 Esta dimensión “étnico-cultural” no estará ausente aun en las ramas más campesinistas como los colonizadores, de base andina y rural, mayormente quechua, que en sus marchas apelarán a la *whipala* y opondrán la generosidad de la madre tierra a los 500 años de opresión; motivo por el cual Evo Morales supo como acentuar su “faceta indianista” al llegar a la presidencia (Albó, 1992, 2008).

del mundo que combinaba diversos motivos de la “política plebeya”, asentándose en la consistencia indianista lograba reafirmar cada vez más fuertemente el poder de su identidad político-cultural.

Notablemente este almacén colectivo fue trazando vecindades con otras modulaciones de la actividad cultural, ya que de manera articulada una trama difusa de investigadores, sin duda de carácter “experto”, irá creando un conocimiento estrechamente ligado a las necesidades concretas de este borboteo creciente de las organizaciones, que no refiere solamente la producción de bienes simbólicos sino también a espacios de sociabilidad, de diálogo, de enunciación en plural, de discusión y difusión. En efecto, a caballo de la aplicación de las “reformas estructurales”, en los años 90 Bolivia comenzó a poblarse de ONGs: de las 700 actuales, 458 fueron creadas en esos años. Favorecidas por la “nueva” legislación, por el financiamiento de los organismos multilaterales de crédito, por las donaciones externas y la vital cooperación internacional, las ONGs expresarán las diferentes figuras de la cooptación y la tensión; a tal punto que en el período solía hablarse de la existencia de un “Estado paralelo”. En un abanico ideológico heteróclito, la mayor parte siguió los aires de época, otras provenían de un palpable origen “foráneo” como USAID y otras blandían un enfoque “social” como CARITAS, tendiendo a cumplir el papel de mediadoras sustanciales entre la “alta política” y el ámbito de lo social.

Sin embargo, tal como reseña Alejandro Almaraz, no pocas ONGs aparecían imbuidas por corrientes de izquierda o por el Movimiento de Curas para el Tercer Mundo, y a su vez formaron redes de cobertura esparcidas por cada rincón andino-amazónico, fundamentalmente la Unión Nacional de Instituciones Para el Trabajo de la Acción Social (UNITAS) y la Asociación de Instituciones de Promoción y Educación (AIPE)⁵. La particularidad de estas redes, que en conjunto sumaban más de 50 ONGs⁶, la más importantes surgidas en los años 60 y 70, es que se desenvolvían –y lo continúan haciendo– en un contacto directo con los movimientos. Sus objetos de investigación eran las problemáticas que partían de su principal población destinataria –organizaciones indígenas y campesinas– y donde retornaba el conocimiento elaborado y acumulado por todo este almacén institucional de incansable labor (más de la mitad abordan la temática amplia de lo territorial, educación-cultura y salud –en este orden–, siendo grandes editoras); y lo mismo valía para las ONGs que representaban extensiones directas de las organizaciones sociales. En estos casos, fueron constituyendo agrupamientos de

5 Entrevista a Alejandro Almaraz, 2009 (en colaboración con Maristella Svampa y Pablo Stefanoni).

6 UNITAS agrupa a 24 ONGs y de las más importantes podemos mencionar a ACLO, CEDLA CEJIS, CIPCA, por su parte AIPE integra a 27, y se destacan CPM, Gregoria Aspaza e IPTK (Directorio Nacional de ONGs en Bolivia 2005-2006, Ministerio de Planificación y Desarrollo, Bolivia).

perfil político que encontraron en la figura de las ONGs un modo de apoyatura institucional, y dispusieron de un saber activo que abarcó los problemas acuciantes del país más pobre de Latinoamérica, entre ellos la titulación de las Tierras Comunitarias de Origen. De modo tal que las ONGs cogestionaban con las organizaciones infinidad de proyectos, al tiempo que fueron las responsables de un cúmulo de seminarios, encuentros, charlas, asesoramientos que en cantidades industriales se volcaban sobre la sociedad civil territorializada. Nuevamente, se dio aquí una circularidad urbano-rural, pero también un tipo de producción intelectual significativa –son incontables, por ejemplo, los trabajos sobre “tierra y territorio” que existen en Bolivia– que generaba un segmento muy preparado capaz de incidir también en lo que suele caracterizarse como la cultura de “élite”, en el Estado y en la opinión pública.

Seguidamente, una serie de destacados ideólogos –René Mayorga, Jorge Lazarate, Carlos Toranzo– tendrían peso no sólo en el diseño de la política gubernamental sino también en la prensa, las revistas especializadas y la opinión corriente (Barrios Suvelza, 2005). Embebidos de los “*think tanks*” producidos en las grandes usinas ideológicas centrales, comúnmente abocados a la economía o la ciencia política, no fueron ajenos a la tradición conservadora de indicar soluciones implantadas para sortear el “déficit” de la cultura institucional del país. En el preferido tópico de la democracia, por caso, reducirán su perspectiva a las reglas formales de un sistema de partidos que anhelaban consolidar, incorporando una visión tecnocrática y cesarista de la política; sin embargo entrarán en franca pendiente cuando la mirada de protestas les torne patente habitar una vida social que –una vez más– en nada se asemejaba a la que ideaban (Orellana y García, 2004). En otros términos, no se necesitó demasiada indicación de “exterioridad teórica” para que Raúl Prada anuncie en el año 2000 el “retiro de los intelectuales” por el “retorno de los Katari y los Wilka” (Prada, 2000:168). Justamente, el Grupo Comuna –compuesto por una serie de intelectuales que organizaban regularmente encuentros de discusión y debate público (Luis Tapia, Raúl Prada, Álvaro García Linera, Raquel Gutiérrez, entre otros eventuales partícipes como Oscar Vega)– lanzó aquel año *El retorno de la Bolivia plebeya*, primera de una andanada urgente de publicaciones a la postre de cada coyuntura intensa⁷. Sus escritos, de autoría individual o conjunta pero bajo la rúbrica del colectivo que los unía, estaban destinados procesar el reconocimiento de las múltiples dimensiones de la sociedad boliviana a través de la ampliación del campo de posibilidades políticas abierto por la efervescencia social.

⁷ Le siguen *Tiempos de rebelión y Pluriverso*, teoría política boliviana, en 2001; *Democratizaciones plebeyas* en 2002; *Memorias de octubre* en 2004 y *Horizonte y límites del Estado y el poder un año después*. A su vez, cada cual ha editado otro importante número de elaboraciones individuales.

En conjunto, el Grupo Comuna decretará la muerte de la condición proletaria minera para expandir la presencia obrera en la totalidad de lo social; nominará al novedoso sujeto político en marcha: de la “forma comunidad” a la “multitud” –entendida en términos de Zavaleta como la “clase modificada”–, del “ayllu en acción” a la “movilización societal”, de la “acumulación electoral de los instrumentos políticos” a la “Bolivia plebeya”. A su vez, pasará a la letra múltiples facetas de los movimientos sociales, mientras producía teoría de factura local –atento a su capacidad de “universalización”– e, incluso, se dará a la tarea de incorporar un diagnóstico “macro sociológico” e interpretativo de las líneas medulares del acontecer político nacional y sus acontecimientos disruptivos de protesta (las sucesivas “guerras” del “agua” en 2000, de las “comunidades” en 2001, del “gas” en 2003). Por esta vía, se trató de cuestionar tópicos centrales del discurso ideológico-político organizados desde el campo intelectual: la democracia pasaría a recuperar su raíz comunitaria y multicultural, “desde abajo” adquiriría sustancia y alta intensidad; la política se sustrajo de sus canales formales de procesamiento para dar paso a los “no lugares de la política”, residencia de las sociedades subalternizadas “de donde viene su potencia o ethos” –el universo en suspenso de las 36 naciones indígenas–. La política –como afirmaba Tapia– sería el subsuelo que traería consigo “prácticas que tienen que ver con la dirección de la vida y el movimiento colectivo, es decir, con el gobierno en un sentido amplio” (Tapia, 2002a:25 y subs.). El Estado, caracterizado como “monolítico”, entrará en “crisis” –de larga (1825), mediana (1952) y corta (1985) duración–; conservará su “apariencia” y seguirá “colonial”. En definitiva, toda una batería de conceptos dispuestos a recrear el mapa de cognoscibilidad de la sociedad boliviana y al servicio de la lucha ideológica en la dinámica política. En sí, los intelectuales de Comuna lograron producir ideas-fuerza que nominaron el acontecer boliviano de hoy y que tendieron a conquistar la forma pública de pensar la realidad (crisis estatal, empate catastrófico, punto de bifurcación).

Vale destacar que esta enunciación colectiva de reflexividad sociológica, de reescritura histórica y creación teórico-política absorbió una vertiente múltiple: la reserva cognoscitiva local que tenía a René Zavaleta Mercado como plafón teórico pensando en torno a la “centralidad proletaria”⁸, el marxismo crítico cuyo hilo rojo

8 Naturalmente, la contribución de René Zavaleta Mercado constituye la “acumulación teórica” central puesto que, según Tapia, “Lo que ha hecho Zavaleta es elaborar ese núcleo de autoreferencia de conocimiento de la sociedad boliviana”. A partir de conceptos base (“Sociedad abigarrada”, “Estado aparente”; la “pulsión autodeterminativa” en tanto núcleo de la política popular; “horizonte interior”; “incorporación de la democracia representativa a la memoria de masa” –que en noviembre del 79 se enhebraba con la “democracia como autorepresentación”–; la “territorialidad”, más que la coerción, como verdad final de la estatalidad boliviana; “forma sindicato” y “forma multitud”; los modos de “subsunción real” del trabajo en Bolivia –y notemos que reflexiona en paralelo epocal con el obrerismo italiano–), actúa como verdadero “puente” de la generación intelectual que hoy lo tiene en la “retina”, puesto que cierra el período de pensamiento “obrerista” y abre a la serie de condiciones que son las

son las versiones no ortodoxas o la relectura de los clásicos (Marx, Lenin, Gramsci) –inscribiéndose así en una tradición latinoamericana renovadora–, las corrientes críticas de la sociología –Bourdieu antes que nada– o, más genéricamente, del postestructuralismo francés y el autonomismo italiano y, por último y central, el indianismo en tanto “singularidad” local y *organón* de la política. Se conformó así una generación “pos muro”, exterior a las derivas nihilistas del posmodernismo (fuesen mercantilistas, esteticistas, teoricistas, irónicas o cínicas) que operará una crítica de la izquierda partidaria y obrerista, alicaída por la neta disminución del proletariado minero y la experiencia fallida de la UDP⁹. Por esta vía, contribuirán a aquello que José Sazbón llamó de “deconstrucción reconstrucción” (Sazbón, 2002:60) de la teoría crítica y de la “matriz arcaica del ayllu” –en tanto especificidad “andina”–, para hacer que marxismo e indianismo confluyan como las “dos razones revolucionarias” (García Linera, 2005:27).

Reseñado este conjunto de formas de encarar el pensamiento social, a través de las problemáticas abarcadas y los dispositivos construidos la figura del intelectual sufrió una mutación. No podría decirse que les cabe la adjetivación de “tradicionales” u “orgánicos” a la manera gramsciana, puesto que no son “de partido” ni “mediadores” para con el Estado, pero tampoco encarnaron el común apelativo “vanguardista” o “legislador” de ser quienes comandan, o el hoy etéreo “compromiso” y menos al consensual “intérprete” al que alude Bauman (Bauman, 1997). En Bolivia se han comportado sí como organizadores de la cultura política, han oficiado de “traductores” entre los estamentales sistemas de creencias, buscaron conservar un rasgo de autonomía que les permita marcar los límites de las organizaciones –aunque hoy por momentos parezca difícil hacer pública la disonancia al interior del Estado–. En todo caso, cabría subrayar que los dispositivos que habitan (ONGs, Estado Plurinacional, organizaciones sociales, o el autoinstituido Grupo Comuna) no se asemejan a los corrientes, y evidentemente su misma operatoria práctica entronca con lo política en sentido fuerte. Se estaría, por tanto, más cerca de alumbrar una “organicidad comunitaria”, un saber “experto territorial” o un “pensamiento colectivo” que se ofrece a la militancia y a la batalla

actuales. No solo es una referencia ineludible a la hora de pensar Bolivia, e incluso Latinoamérica, sino que parecería dar cuenta del plafón creativo que diseña la órbita de problemas y los modos de enfocarlos. Además, fue quien marcó el rumbo para dar cuenta del “margen de conocimiento de una sociedad atrasada”, voluntad recuperada en la tesis de doctorado que Luis Tapia le dedicó con el cristalino título de *La producción de conocimiento local* (Tapia, 2002b y Zavaleta, 1988a).

9 Unidad Democrática y Popular fue una coalición de partidos de izquierda aliada a la COB que presidió Bolivia desde octubre de 1982 hasta agosto de 1985, de la mano de Hernán Siles Zuazo. El fracaso de su gestión, fundamentalmente a causa de una economía intratable (bajos precios de los minerales, inflación galopante, etc.) obligó a convocar a elecciones anticipadas y abrió el marco de oportunidades para que el presidente entrante, el mismo Víctor Paz Estenssoro que gobernó durante la Revolución del 52, aplique las recetas neoliberales, uno de los diez países en los que más fuerte se aplicaron los principios del “Consenso de Washington”.

cultural “acompañando” y en pie de igualdad a la constelación de movimientos; representantes del común denominador que los articula y donde las tipologías mejor se disuelven. Así, resulta ocioso establecer una diferenciación tajante entre estas variantes, más bien tuvieron la igual vocación por dedicarse al trabajo de las ideas en consonancia con la realidad política popular con la que convivían.

Recordemos que un intelectual no se define por la temática elegida, por el alcance de su enciclopedia o el tenor de su “opinión” sino más bien por la disposición específica de su operatoria práctica. En este sentido, el tipo de acción que estas figuras entretejieron con las organizaciones en Bolivia dio cuenta de una serie de inflexiones. En primer lugar, fueron elaboraciones que buscaron escudriñar el sentido de su contemporaneidad, utilizar el saber como una “caja de herramientas” que operara en función de lo que requiere lo real. En segundo lugar, a pesar de dialogar con la tradición intelectual o la “acumulación cognoscitiva” boliviana, dieron cuenta de un sostenido “espíritu de inmanencia”, sea en la medición del perímetro de tierras para cooperar con una comunidad o en la formulación de una idea que abonaba la discusión de una asamblea, el sistema de problemas emergió en el borde de lo que acontecía. En tercer lugar podríamos decir, con Foucault, que tejieron un *pensamiento del afuera*, sobrepasando los círculos habituales de elaboración de conocimientos o inmerso en dispositivos que entroncaban directamente con el discurrir social. A lo que se sumó, en cuarto lugar, la intención de articular lo que Zavaleta llamó la “intersubjetividad”, la ausencia de una objetivación que no sea a la vez “historia subjetiva”, que redunde en implicación, en la “afección” hacia un sujeto actuante (Zavaleta, 1986:18). Finalmente, alumbraron –en términos clásicos–, “textos de combate” que no dejaban de situar a sus enemigos.

Así como el ciclo de movilización boliviano es parte de un paisaje renovado, la práctica intelectual también se ha trastocado en los hechos: ¿Cuáles son las vías renovadas por donde el conocimiento se toca con la política? ¿De qué manera densificar la matriz comunal y la “política plebeya”? ¿Cómo describir la novedad puesta en marcha por el archipiélago de organizaciones sociales? ¿Qué tradición rescatar y de qué modo pensar las múltiples “memorias” de Bolivia? ¿Qué hacer –hoy– siendo gobierno y qué significa la “descolonización”? Son apenas algunas de las preguntas que fueron construyendo el magma de ideas que piensa Bolivia. Es que esta intelectualidad intervino en la trama de distintos registros del saber, mayormente abocados a las ciencias sociales o humanas, contribuyeron a recrear una narrativa emancipatoria que poco debió a los tópicos usuales, y más a las necesidades e ideas que se gestaban en el andar concreto de los movimientos sociales. En definitiva, tenemos un tipo de quehacer que fue capaz producir una

suerte de conocimiento actual, es decir, local, extra-local, que se quiso universal y activo y se volvió particularmente incisivo cuando la inteligencia colectiva brindó motivos para saltar a disputar los resortes de la sociedad política. Por esta senda, sin dejar de absorber diversas ideas gestadas en otras latitudes, Bolivia contribuyó a la formación de una nueva “economía política” del conocimiento o a la fuerza de una “epistemología del sur”, como sostiene Boaventura de Sousa Santos (Sousa Santos, 2006 y Rivera Cusicanqui 2009).

La inteligencia colectiva de la movilización social

Tras década y media de relativo reflujo en la movilización popular, a causa de la desaparición de la “Bolivia minera” que acarreó el ocaso de la capacidad antagonista que supo desplegar la COB, al despuntar el año 2000 la “guerra del agua” inauguró el ciclo ascendente de protesta social, acontecimiento que impactó decisivamente en la cultura política predominante (García Linera, 2001). En efecto, el resurgir de la política en las calles de la mano de nuevos actores populares originó un momento de disponibilidad interpretativa en el país que llevará a que desde diversos frentes se procese de hecho una perspectiva crítica a la pregnancia uniforme del ideario neoliberal y del enfoque neoinstitucionalista –liberal– de canalizar la participación civil. Bajo un tormentoso ambiente político que no dará respiro durante más de cinco años, el reverdecer de la narrativa emancipatoria construida en torno a las visiones del mundo forjadas por los movimientos sociales pondría en cuestión casi todos los registros de la vida social. En este sentido, sobresale una entera inteligencia común capaz de sostener la creatividad política.

En efecto, la irrupción de la movilización hizo emerger el reclamo por desprivatizar un bien público y vital como el agua, las comunidades aymaras pasaron a luchar por la tierra, las federaciones del chapare defendían sus zonas de producción en nombre del carácter “sagrado” de la hoja de coca y, en el punto álgido de la protesta, la “guerra del gas” en el “octubre rojo” de 2003 exigió el control nacional del excedente externalizable. Lo que en un principio se llamó la “política de las necesidades vitales” (Gutiérrez, Tapia, García Linera, 2000) fue *in crescendo* hasta disputar las bases del modo de acumulación económico para subalternizar los resortes de producción y reproducción del país. Luego, ya “tierra adentro”, las principales organizaciones campesinas e indígenas formaron el “pacto de unidad”, que estableció las directrices del entero y transformador diseño de país –basado en la autoafirmación cultural y nacional indígena– que debía plasmar la Asamblea Constituyente, piedra angular de la Nueva Constitución Política del Estado. Por último, para nada menor fue la innovación política y el

pensamiento estratégico desplegado para avivar y mantener en constante tensión el ciclo de expansión hegemónica: levantamientos que derribaron cinco presidentes, la construcción de legitimidad social, las alianzas concordadas por el infinito archipiélago de organizaciones, la confluencia en torno a los instrumentos políticos –sea el Movimiento Indígena Pachakuti (MIP) o el MAS–, la presencia electoral que catapultó a la experiencia de dominar el Palacio Quemado. Ha sido, por tanto, “la marea alta de la política plebeya” la que forzó a la subjetividad colectiva a crear un relato emancipatorio que haría las veces de gramática general de los anhelos populares de la época.

Amparados en esta ampliación del “horizonte de visibilidad” e inmersos en el transitar de las organizaciones sociales, las articulaciones entre la práctica intelectual y el mundo popular tendieron a proliferar. Al “levantisco” movimiento de la cultura militante, a los cuadros dirigenciales entrenados en la escuela sindical, a la necesidad de la protesta para acceder a la más mínima reivindicación ciudadana, en suma, a esa rama dirigencial que terminará ganando en peso y homogeneidad cuando los acontecimientos de 2000 trastocan el escenario político, se le irá acoplado la serie de trabajadores de las ideas, para así terminar de producir un tejido articulador lo suficientemente denso como para asentar el polo contrahegemónico que comenzaba a medir fuerzas. Se afianzó, pues, en la intrincada circulación entre “organización de la cultura” y quehaceres, una retroalimentación política positiva, una ayuda mutua en la reproducción ampliada. Valdría ilustrar que en cierta medida se parecía a esa ya clásica imagen de la abeja y la orquídea, un encuentro en el que los intelectuales proveían un saber que potenciaba a las organizaciones, y las organizaciones proveían una arista política que potenciaba la labor intelectual, sin crear una identidad tercera, ni subordinar una identidad a la otra, ni suprimirse.

En esta línea, naturalmente los núcleos sindicales e indígenas se apropiaron del saber de la multitud de “técnicos” e investigadores de las ONGs “aliadas”, porque les proporcionaban una apoyatura de primer orden, un conocimiento “experto” técnico-político en temas jurídicos, para la confección de proyectos, para el desarrollo de la economía local y la organización territorial; pero además abastecían a la formación, aportando al lenguaje de derechos, a la conceptualización de la propia visión del mundo, a la preparación de actuales y nuevos dirigentes; y además servían de empuje institucional concreto, ya que facilitaban la llegada a las altas esferas de gobierno, proveían fuentes de financiamiento y se sumaban como un sector más en la movilización y los reclamos, es decir, cooperaban en la fabricación de una estrategia política global. En una suerte de reciprocidad, las organizaciones encarnaban la “implicación” política en sí, ofrecían problemáticas

para pensarla –justificando la labor intelectual–, y legitimaban el accionar de las ONGs: el dinero que obtenían, las múltiples redes que construían, e incluso la proyección de escala tanto de la asociación como de sus integrantes. Por su parte, en el Grupo Comuna, al compás de ganarse un sitio cada vez mayor a la hora de incidir en las ideas maestras que enmarcaban el ámbito intelectual, la mayoría de sus integrantes no carecieron de vecindades concomitantes con los pensadores indianistas y redes aceitadas de contacto, difusión e intervención en las organizaciones. De hecho, el asesoramiento de Linera al sindicalismo campesino fue una de las razones que le abrió la puerta a la vicepresidencia, un vínculo con el alto estrato dirigencial que puede colegirse de la premonitory afirmación de Alison Spedding que advertía –mientras no le ahorra críticas al grupo dado que entendía carecía de consistencia científica– que estábamos en presencia de un “oficialismo en ciernes” (Spedding, 2003).

La fluidez con la que se produjo la ampliación ideológica-política se basó en que buena parte de los intelectuales se dirigieron a desenvolverse en las “industrias culturales” y dedicaron su escritura y palabra a los medios de comunicación de masas y alternativos. Sea la prensa gráfica –y en este marco resulta importante señalar la existencia de todo un órgano de difusión como lo fue *El Jugete Rabioso*, semanario dirigido por el peruano Walter Chávez–, y la televisión –desde donde Álvaro García Linera, ejemplo palmario de recorridos múltiples¹⁰, se hizo conocido del gran público por sus columnas de opinión semanal–, y también en el muy significativo universo popular de comunicación que en Bolivia es la radio. De este modo, a partir de una clara vocación de intervenir en el debate nacional, no dejaban de expandir en el conjunto de lo social matrices de creencias, discursos e ideas que ordenaban las expectativas y adherencias de los conciudadanos, cimentando un reconocimiento a la labor intelectual mientras se vertía a la sociedad una visión crítica de sí misma. Ese fue el impacto que suscitó la publicación del libro *La fortuna del expresidente*, en el que Andrés Soliz Rada detallaba los negociados espurios en el área minera que el “goni” había reservado para sí (Soliz Rada, 2001).

En paralelo, se acrecentaban los intercambios y la red de experiencias comunes, sea en la ocasional participación en las instituciones públicas, sea en el copioso mercado de trabajo de la multitud de ONGs o en el espacio académico-universitario, cuyo papel ha sido realmente notorio. En la UMSA paceña o la UPEA alteña –construida gracias a la demanda vecinal– radica parte de la intelectualidad tratada, y es asiento de una renovación acorde en los paradigmas centrales de las ciencias

¹⁰ Álvaro García Linera es un exponente de la circularidad de espacios recorridos. De estrecho vínculo con la dirigencia aymara formó parte del Ejército Guerrillero Tupac Katari (EGTK), lo cual le valió cinco años de cárcel; como cientista social “autodidacta” dio clases de sociología. Integrante fundador de Comuna, no dejó de trabajar en ONGs y de ser participante usual de los medios de prensa.

sociales, pero en la “media luna”, a la usanza de la juventud venezolana, asumieron el rol de verdadera y central fuerza de choque de la oposición. Así fue de manera tajante en la universidad más antigua de América, la Universidad Mayor Real y Pontificia de San Francisco Xavier de Chuquisaca, creada en 1534, que sería vital para dar por tierra el asiento sucreño de la Asamblea Constituyente. Todas ellas aún coto de la “élite blanca” y asociadas a la movilidad ascendente interna de la clase dominante. A diferencia de la creciente “profesionalización” que en el último tiempo alcanzó a países como Argentina, Brasil y México, que a la vez cuentan con sistemas de investigación relativamente instalados, la precarización laboral universitaria-académica es más extendida; lo cual redundó en una mayor dependencia de los financiamientos externos y en una necesaria cercanía de las oportunidades que ofrece la esfera civil.

Tenemos, pues, un tránsito por canales de elaboración y difusión que dan cuenta de la circularidad de recorridos, de los diversos espacios inmediatamente públicos de construcción de legitimidad, de la disolución del “investigador” en funciones múltiples –de carácter bastante “anfíbio” al decir de Maristella Svampa (Svampa, 2008)–, y fundamentalmente de una precipitación hacia lo colectivo, cierta compulsión a la praxis. De este modo, no poco contribuyó la práctica intelectual a la articulación de los bloques sociales, “facilitó” la dirección de una clase sobre otra, en el sentido de conquistar y legitimar ante la clase media, urbana y mestiza las premisas del cambio. Tal era el rol que Álvaro García Linera venía a representar en la fórmula presidencial, postulado como “el que sabe” se esperaba seducir al electorado ciudadano morigerando los reparos que podía deparar la elección de un presidente campesino y cocalero.

Igualmente, el vaso comunicante yugular, ya “desde abajo”, fue la relación con la institucionalidad cierta que en Bolivia son las organizaciones sociales, que redundará en una cercanía progresiva hacia los “instrumentos políticos”. Será así de manera notoria tras el espaldarazo electoral que llevó a que el MAS arañe la presidencia en 2002¹¹, y ya más profusamente desde 2003, cuando el auge de la movilizaciones agudice su vocación de poder y los intelectuales se vean arrastrados a cerrar filas y tornar más nítidos sus posicionamientos. Lentamente comenzarán a ocupar espacio marcos sumergidos e invisibilizados de la acción que ganarán –a un tiempo– en legitimidad, resonancia y radicalidad. En un país en el que florecía la política plebeya, ante el franco resquebrajamiento de la institucionalidad neoliberal, el desmoronamiento del sistema de partidos y la inoperancia de la represión; donde

11 En las elecciones presidenciales de 2002 Evo Morales pierde por un estrecho margen con Gonzalo Sánchez de Lozada, pero desde entonces el MAS se convierte claramente en un movimiento político nacional, comienza a lograr una prédica mayor en las ciudades, y se amplía la densidad del instrumento político; ingresan, por ejemplo, antiguos cuadros de la izquierda a sus filas (Komadina y Geffroy, 2007).

casi la mitad de su población vive en un área rural, y pese al proceso migratorio y el surgimiento de ciudades “híbridas”, más del 62% de la población se autoidentifica como indígena¹², tocaría al tupido mosaico de sindicatos, comunidades, juntas vecinales e instrumentos políticos ser la base de los principales órganos de difusión y sedimentación ideológica. Es este complejo entramado de producción ideológico-política el que tuvo una fuerza descomunal para universalizar lo que en principio eran posiciones sectoriales e identidades precarias. Si la más pura reafirmación indianista que fue la aspiración del MIP de Felipe Quispe no fue capaz de despertar la fidelidad del electorado, el MAS es el ejemplo privilegiado de la capacidad para saltar desde la defensa cocalera, a tomar el guante de la “agenda de octubre” y producir las fronteras ideológicas que separaban el imperialismo del pueblo boliviano, el “colonialismo interno” de campesinos y originarios, el neoliberalismo y sus “operadores” de los movimientos sociales. Mas aún, en su tránsito coyuntural apeló, a la faz mitopoiética de la *whipala*, de la “hoja sagrada”, de los “héroes y mártires de la lucha” y de la categórica llegada de la “edad de oro” –el *pachakuti*–, para aglutinar tras de sí el sentimiento nacional-popular y proyectar a Evo Morales a la presidencia del país (Komadina y Geffroy, 2007). Los movimientos sociales no solo fabricaron demandas parciales o protestas reivindicativas, plasmaron toda una nueva matriz de creencias, y el MAS fue la acumulación por la vía electoral de esta inteligencia emergente.

En definitiva, está claro que en Bolivia la constitución de una “masa crítica” lejos estuvo de apuntalar la autonomía –incluso relativa– del campo intelectual, el cual no puede concebirse como una esfera independiente y con reglas de legitimación y un soporte institucional propio. Tampoco podría decirse que el sector cultivado se volcó a una apacible “esfera pública” de razonable discusión ciudadana. En Bolivia, en una cierta expansión “horizontal”, prontamente pasaron a absorber las directrices que puso en marcha el ciclo político y su “movilización societal”. Si bien se disolvían en las vicisitudes y dilemas de la política, al tensionar la diferencia entre el registro del saber y la *praxis*, mantuvieron una porosa autonomía puesto que solían habitar dispositivos dedicados a producir conocimiento. Pero a su vez apuntalaron una intervención “vertical”, dado que encararon una batalla ideológica desde diversos frentes públicos, para de este modo abarcar el amplio espectro cultural boliviano. Fue, en cierta medida, una “intelectualidad en movimiento”, tanto por su evidente modo de vincularse con la política plebeya, como por la capacidad para desplazarse por diferentes registros del saber y de las jerarquías sociales y culturales, de las instancias institucionales y de las realidades sociales, entre los marcos urbanos y rurales, para también generar puentes cooperativos entre

12 Censo de Población, 2001.

sí. De este modo, contribuirán a activar una corriente de pensamiento laxa, difusa, sin cohesión interna, de “organicidad variable”, en el universo contrahegemónico que habitaba entre los contornos plebeyos. Sin embargo, la polarización creciente vivida desde 2000 también agudizará un obrar progresivamente unívoco, ya que no dejarán de expresar un mismo posicionamiento frente a los dilemas centrales del país no tornará extraña la confluencia que los llevó a ser parte de la institucionalidad estatal conquistada.

Estado y campo intelectual: de la univocidad al quiebre 2006-2012

El triunfo electoral que encumbró al “evismo” en el mayor sitial del gobierno nacional a fines de 2005 inaugura época, fundamentalmente debido a que la fisonomía de la institucionalidad recibida mutó: sufrió un cambio en su “composición de clase” y en la disposición de sus rasgos étnicos. Junto a la nueva cadena de mandos del instrumento político vencedor, compuesta por una capa dirigencial de organizaciones sociales afines y partidos políticos aliados, el sector “letrado” que había oficiado de “compañeros de ruta” durante los cinco años anteriores pasó a integrar la nueva élite política. Al armazón institucional, entonces, lo nutrió un amplio grupo que compartía su usual procedencia de los sectores medios urbanos, guardaba un idéntico paso por la educación superior, entretejía una red propia que tenía en su centro al vicepresidente, esgrimía el mismo ideario del amplio campo de las “izquierdas” y en tanto portador de un capital “técnico” fue convocado para desempeñarse allí donde el “saber-hacer” representaba una necesidad¹³. En cierto sentido, conformaron un segmento más dentro del amplísimo conglomerado oficialista y Evo Morales los convocaba como tal: “campesinos, trabajadores, intelectuales...”.

Es que el peso sustancial que poseían –acrecentado respecto al que ostentaban en el callejero campo de la protesta–, se debe a que no solo se ramificaron en la burocracia estatal o ejercieron funciones constituyentes en la asamblea, sino que ocuparon altos cargos de decisión política: fueron ministros, viceministros, directores nacionales, de modo que manejaban resortes significativos de gestión, sea para “la conversión de la palabra en materia política –al decir de Linera–” como para incidir sobre la dirección del contenido de esas proyecciones fundamentales.

13 Pese al temor frente a una limpieza de los antiguos empleados públicos, como venía sucediendo ante cada recambio de gobierno puesto que el Estado es visto como una fuente primaria de ascenso social, el MAS tendió a mantener a los funcionarios de menor rango –cerca del 70% de la administración– en sus puestos de trabajo. Por un lado, arguyendo la ausencia de preparación apta para el desarrollo de tareas “técnicas” en los dirigentes sociales –en su momento Evo Morales expresó que “no hay gente capacitada en las organizaciones”–; por otro lado, la estrategia consistió en ocupar los puestos de perfil político bajo la idea de que trazaban las líneas directrices, mientras que la gestión práctica pasaría sin mayores dificultades por los canales habituales del gobierno nacional.

Y el hecho de que se hubiesen insertado resueltamente en el abanico de instancias de gobierno despertó las rencillas internas. En medio de una fuerte presión por la apertura de “*pegas*” (trabajo en el Estado), la intelectualidad de perfil indianista e incluso las organizaciones sociales que reclamaban por “su cuota” de gestión no dejaron de señalar el perjuicio de lo que veían como un entorno palaciego *qara*, blancoide, arribista y clasemediero que atentaba contra la descolonización de las instituciones (Quisbert Quispe, 2007). O sea, el hecho de que solo una ONG como el Centro de Estudios Jurídicos e Investigación Social (CEJIS) hubiese provisto de 6 ministros en diferentes momentos al gobierno, detonó la acusación de que existía un sector presto a erigirse como una fracción dominante del campo subalterno.

Con todo –sin que comporte contradicción– no podría decirse que en el primer período de gobierno se conformó una *intelligentsia* enlazada por una idea unificada de lo que debería ser el proceso de cambio, es decir, la común pertenencia al campo de las ideas no se tradujo en común voluntad política en la orientación estatal. En este sentido, la intelectualidad tendió a disolverse en las tendencias políticas, corrientes de opinión, y agrupamientos laxos que se expresaron al interior del gobierno, de modo que no es fácil afirmar la existencia de una “unidad de proyecto” para un rumbo cardinal. A la hora de mapearlas sucintamente, una de esas perspectivas ahondó sus raíces en el movimiento indígena katarista, y pugnó por consolidar la revolución democrática y cultural, designio que se asentó en la creencia indianista –presente en la nueva ley madre–, pero que tuvo escasos representantes en el Estado, entre ellos, el canciller Choquehuanca o una serie difusa de dirigentes sociales originarios, fundamentalmente aymaras. En esta corriente se entremezclaban posiciones que reforzaron la negativa contra “ideologías modernas”, otras que acentuaron la potencialidad comunitarista, y hay quienes pusieron el acento en la significatividad de la “cosmovisión indianista”. En los hechos, se trataría de profundizar el proyecto descolonizador, esto es, el anuncio de una transformación cultural –civilizatoria– en la que la dominancia del movimiento indígena-campesino brinde la clave para reforzar las lógicas comunales históricamente vigentes en el mundo andino, sintetizadas en la filosofía del “vivir bien” (el *suma qamaña*). En segundo lugar, existió una corriente, aunque minoritaria, embebida en la tradición de izquierda del país e influenciada por las experiencias radicales clásicas y actuales de Latinoamérica. Más concretamente, a la perspectiva de construir un “socialismo comunitario” en el que se entraman lazos sociales poscapitalistas a partir de la fuerza embrionaria de la comunidad adhirió la rama cubana del gobierno, representada fundamentalmente por antiguos militantes del PC y de la izquierda guevarista y se respaldaba en el sentido apego que expresa Evo por la isla caribeña.

Ahora bien, fue más que significativo un sector que en los hechos puso énfasis en la necesidad de ampliar y fortalecer la intervención del Estado en la economía, recuperando los recursos como base para llevar adelante una industrialización soberana, un nacionalismo popular cuyo objetivo consistió en consolidar un renovado Estado bienestarista de tinte posneoliberal o incluso neodesarrollista que apueste a sostener la locomotora del crecimiento económico organizando el capital. Posibilidad que emergió con fuerza en la primera experiencia de gestión, que “blindó” el área económica –la cual mantiene en altos cargos a antiguos funcionarios de las anteriores gestiones “liberales”– y se alimentó de militantes del viejo nacionalismo estatista y abarcó desde marxistas hasta antiguos funcionarios públicos, y no dejó de ganar la adhesión palpable de la alta cúpula gubernamental. Finalmente, un último sector, bien representado por Evo Morales o por la dirigencia de la CSUTCB, partió de las trincheras del sindicalismo y expresó un sentido práctico más que programático, sensible a las ideas de las organizaciones sociales. Sucede que estas posturas diferenciales no necesariamente generaron un cortocircuito en el entramado gubernamental, ya que tendieron a convivir y acentuar afinidades o distancias según las caóticas demandas del momento político y, más fundamentalmente, en relación al modo en como se organizó el sistema de poder gubernamental.

En efecto, a diferencia de la Revolución del 52, aquí no existió un ala independiente y homogénea ideológicamente, predominante y conductora a la manera de la “pequeña burguesía en su contenido preburgués” (Zavaleta, 1988b:67) del estructurado MNR que dominó por entonces los destinos del país. Por el contrario, la dominancia “evista”, sindical-campesina primeramente, de organizaciones indígenas en segundo lugar, orientó el rumbo político y se estructuró en una suerte de “cogobierno” donde participaba la capa dirigencial de las organizaciones sociales en un arco de incidencia desigual y coyuntural (Tapia, 2007 y Fornillo, 2007). Tal como afirma una funcionaria del Palacio Quemado: “Las organizaciones matrices, las federaciones, las coordinadoras de barrio, lo que ha sido el sostén para que el MAS llegara al poder. Todas las cabezas de esas organizaciones ahora son parte del gobierno: diputados, ministros, assembleístas, alcaldes...”¹⁴. Dentro de esta trama articuladora, que tiene a Evo Morales como *primus inter pares* predominante y decisorio, los intelectuales excedieron el papel menor de “consejeros”, así como no sería posible reducir su función a la de neutros técnicos “expertos”, a la solitaria producción de “grandes figuras” –aunque el peso de García Linera fue decisivo– o a funcionarios de la débil institucionalidad local; antes bien, como afirma Prada, los

14 Entrevista a Patricia Costas, 2007.

“intelectuales actúan como políticos”¹⁵. En una coyuntura vertiginosa, no fue fácil delimitar una distancia que les permitiese sostener una mirada crítica y no poco se vieron arrastrados por esa tendencia presente en la primera gestión, tal como sostiene Raúl Prada, “al coyunturalismo, al pragmatismo político y a la razón de Estado”¹⁶. Si por un lado se abocaron a poner sus conocimientos al servicio de las áreas de gestión conquistadas y la antigua independencia fluida trocó por la jerarquía propia de la maquinaria estatal, por el otro han sido partícipes de un bloque de poder que ansiaba consolidarse y que terminaba por rellenar sus grietas en el acecho de la “media luna”, en la materialización de la “agenda de octubre” (Nacionalización del gas y Asamblea Constituyente) y en la rotunda aceptación y legitimidad nacional de la alta esfera gubernamental.

La aprobación de la Nueva Constitución del Estado Plurinacional (NCPE) en enero del año 2009 representa el cenit del ciclo político pero también el momento en el que comienzan a sulfurar las desavenencias internas del campo intelectual subalterno, a la luz de un rumbo político del “evismo” cada vez más difícil de caracterizar pero también fácil de problematizar. En efecto, tras la cuasi guerra civil que vivió el país en 2008 la dirigencia del bloque de poder emergente no tardó en mostrar que buscaba “pactar” con la oposición antes que hacer lugar a las demandas más radicalizadas, hecho que fue despertando resquemores que no tardarían en adquirir sonoro estado público. De modo que para mediados de 2011 aquel campo intelectual subalterno que veíamos discurrir al unísono se fracturará internamente.

Más concretamente: un grupo de intelectuales (entre los que se encontraba Alejandro Almaraz, ex viceministro de tierras encargado de la reforma agraria y Raúl Prada, integrante del Grupo Comuna), lanza por entonces un manifiesto titulado “Por la recuperación del proceso de cambio para el pueblo y con el pueblo”, rubricado por La Coordinadora Plurinacional de la Reconducción. Se decía allí que las nacionalizaciones del masismo, fundamentalmente en hidrocarburos, lejos estaban de presentar los números prometedores que el oficialismo aducía; que la matriz económica no había abandonado la tradicional sangría de recursos naturales sino que se había consolidado el extractivismo; que la democracia no se profundizaba y el Estado Plurinacional iba a la deriva –en relación con la representación directa de las comunidades indígenas en el parlamento o de las prerrogativas de las autonomías indígenas, por ejemplo–; se decía, finalmente, que el evismo era retórica, desviándose de la propia constitución, en tanto verdadero programa de transformaciones. La respuesta oficial provino del

15 Entrevista a Raúl Prada, 2009 (realizada junto a Maristella Svampa y Pablo Stefanoni).

16 Entrevista a Raúl Prada, 2009.

propio vicepresidente, quien publicó sendos libros: *El “oenegismo”, enfermedad infantil del derechismo (O cómo la “reconducción” del Proceso de Cambio es la restauración neoliberal)* y *Las Tensiones creativas de la Revolución. La quinta fase del proceso de cambio* (García Linera, s/f). Su intervención era doble, mientras en el primero vilipendiaba a los opositores de una manera inusualmente furibunda, como quien no espera ninguna concordia de sus antiguos compañeros (calificándolos de “resentidos”, “oenegistas” o “clasedieros”), en el segundo aseguraba que el proceso de cambio no estaba sumido en “contradicciones” sino que vivía las tensiones creativas propias de todo proceso revolucionario, que representan incluso sus “fuerzas productivas”.

Por este carril, las imágenes de la ruptura se multiplicaron, pero pueden apreciarse a la luz de los actores antes tratados. Si bien el Grupo Comuna tendió a apostar por el gobierno masista, y ciertamente la idea de “transición” era importante en sus planteos iniciales, sintomáticamente “se diluye desde el 2006 en adelante”¹⁷ y directamente se quiebra luego de la aprobación de la NCPE. Las voces del grupo comenzarán a ser disonantes para terminar siendo directamente antagónicas. Raquel Gutiérrez afirmó en su México natal la fricción entre el tiempo del *pachakuti* y la peligrosa estatización de la política (Gutiérrez, 2008). Si en el año 2008 Luis Tapia –quien se mantuvo al margen de ejercer una función pública– mencionaba que se abría una coyuntura de “autonomía relativa del Estado”, donde la lucha de clases direccionaba el gobierno a distancia de sus determinaciones estructurales y económicas tradicionales (Tapia, 2008), ya para el año 2012 había abandonado toda simpatía para con el gobierno nacional, asegurando que “los movimientos sociales latinoamericanos corren el riesgo de continuar reproduciendo la lógica capitalista” y que Evo Morales –quien “pertenece a un mestizaje inscrito en el mercantilismo, no en la cosmovisión de los pueblos originarios”– “se ha convertido en el peor enemigo” del movimiento indígena, “y esto tiene que ver con su proyecto económico. Creo que hoy el MAS ni siquiera es un partido nacionalista porque su plan de gobierno son hidroeléctricas, presas y carreteras son parte de un plan para conectar el Pacífico con el Atlántico, y que favorece fundamentalmente al capital brasileño”¹⁸. Otro tanto vale decir para Raúl Prada, quien postuló la lenta construcción de un “nuevo Estado plurinacional comunitario autonómico” al ritmo de su función como constituyente pero luego emplazó una batería de críticas al oficialismo; por caso, en enero de 2013 llamaba “ilusión estadística” a la presentación oficial de los logros de gestión, sosteniendo que enfrentamos la más ramplona expansión del capital extractivista (Prada, 2010, 2013).

17 Entrevista a Raúl Prada, julio de 2009.

18 Citado en *La Jornada*, 16-3-2012.

Paralelamente, las antiguas compañeras de ruta de las organizaciones sociales, ese universo de ONGs que pulula por toda Bolivia, han sido blanco de la crítica de Linera, quien las acuso de ser correa de transmisión del imperialismo –hecho de reciente “descubrimiento” y poco atento a la diversidad de ONGs ciertamente–. Es que desde la aprobación de la NCPE buena parte de las ONGs, dada su tradicional cercanía a las organizaciones indígenas y su mirada crítica hacia el capitalismo y las industrias extractivas, tendieron a distanciarse fuertemente de la orientación de las políticas del gobierno nacional, más aún con el rol que jugó el gobierno en el reciente conflicto del TIPNIS¹⁹. La tensión no es nueva, ya cuando Evo Morales organizó la Conferencia Mundial de los Pueblos sobre cambio climático y los derechos de la madre tierra, convocada en Cochabamba para abril de 2010, la famosa mesa 18, que había quedado fuera del convite por el perfil crítico hacia el propio extractivismo local, fue acosada por el vicepresidente: “La orgía de ONGs estaba en la mesa 18”²⁰. Y es que al gobierno no le resultaba agradable pensar que existen fisuras al interior del bloque de poder, entonces ofuscaba a las ONGs antes que a las organizaciones indígenas. Más aún, Evo Morales afirmó frente al pleno de la Cumbre de Río+20 que “la economía verde es una nueva forma del colonialismo”; y llamó a los Estados en desarrollo a nacionalizar sus recursos naturales²¹.

Ahora bien, son aquellas ONGs que siempre estuvieron cerca de los movimientos sociales –e incluso del masismo–, ACLO, CEDLA CEJIS, CIPCA, las que hoy son fuertemente vilipendiadas. La torsión puede colegirse considerando que el CEJIS había aportado no menos de 6 ministros al gabinete nacional –tal como mencionamos– y actualmente acusa medidas “intimidatorias”²² dado que el Congreso Plurinacional pasó a investigarla. Uno de los más reconocidos investigadores del país, Xavier Albó, jesuita de origen catalán afincado hace décadas en Bolivia, director de CIPCA y condecorado por el parlamento en agosto de 2007, sostuvo: “Ahora los sectores más poderosos del MAS pasan por tentaciones semejantes [autoritarias]. Un primer paso es distanciar y desprestigiar con epítetos insultantes a quienes habiendo sido aliados o incluso importantes miembros, empezaron a mostrar discrepancias, para ellos demasiado estridentes. Pasan a ser ‘resentidos’, onegeísmos, neoliberales, etc., y se usan todos los artificios para identificarles con la oposición más neoliberal, lacaya del imperialismo.

19 Ante la intención del poder ejecutivo de construir una carretera que atravesara el Territorio Indígena y Parque Nacional Isiboro-Secure (TIPNIS) las comunidades indígenas locales se alzaron oponiéndose, hecho que motivó una querrela de grandes dimensiones. Desde entonces, Evo Morales se vio obligado a morigerar su resonante defensa de la “pachamama” en cuanto ámbito internacional pisase.

20 Citado en *El Diario*, 24-4-2010.

21 Citado en *La Jornada*, 22-6-2012.

22 Citado en *Los Tiempos*, 22-09-2011.

Paradójicamente se pololea a la vez con la vieja oposición... La víctima para mí más lamentable de este estilo ha sido la rotura del Pacto de Unidad de los movimientos sociales, primero retirando a los aliados menos orgánicos y después intentando dividir a éstos entre un bando leal al MAS y los otros, objeto de toda esa retahíla de epítetos” (Albó, 2013:2).

Efectivamente, desde el segundo mandato ha quedado al descubierto la ruptura del pacto de unidad; aquel conglomerado de las organizaciones subalternas capaz de crear las líneas directrices de la NCPE entró en su ocaso. No solo las organizaciones indianistas se distanciaron del gobierno sino que se movilizaron contra él, así lo hizo la CIDOB ya para mayo del año 2010 por caso, reclamando que prosiga la titulación de tierras en el oriente del país a favor de las comunidades locales. Hoy por hoy, el hecho novedoso es la estructuración de una alianza entre las centrales de raíz originaria, si bien la CIDOB siempre fue reticente a encolumnarse tras el MAS, desde fines de 2011, en su Séptimo Congreso Nacional, la CONAMAQ decidió unírsele: “La comisión política ha decidido que el CONAMAQ orgánicamente ya no es más miembro del Pacto de Unidad, y, por el contrario, se reafirma el pacto Cidob-Conamaq como alianza natural”; desde entonces las matrices originarias viven presas de contradicciones con el masismo; y ellas habían sido fuente originaria de las nuevas ideas²³.

Alteración de la cultura política legítima

Si se mira la transformación de largo alcance que aconteció en Bolivia, tiempo atrás sumergida en la “historia de un puñado de crisis” (Zavaleta, 1982), la subtiende una “reforma intelectual y moral” gestada por la movilización social que direccionó la reciente acción estatal. En este sentido, en medio de las variaciones del intenso paisaje de estos años, el vigor de la política local ha sido capaz de encarar una batalla ideológica, universalizar sus premisas, abrazar la hegemonía en el país andino-amazónico y consumir la “transferencia del poder” a un nuevo bloque social. El cambio no es menor, hablamos de un giro completo en el modo en que Bolivia se concibe a sí misma, reemplazando la antigua clase dominante por otra nueva clase dirigente, la cual fue infatigablemente considerada lo “más bajo” del orden social. Un recorrido en marcha que puede vislumbrarse a través de una serie de fuertes mutaciones acaecidas en el abigarrado país mediterráneo.

Digamos entonces que el proceso de cambio se organizó en medio de los estragos objetivos y subjetivos del neoliberalismo reciente, pero también en la recuperación afirmativa del universo plebeyo y multicultural de las 36 naciones

23 Resolución 01 CONAMAQ-CIDOB 18-01-2013.

indígena-campesinas frente a tantos años de soterrada dominación racial por parte del patrimonialismo señorial que veía en lo indígena una “animalidad” a ser utilizada, contra el positivismo que con Arguedas se lamentaba de esa autoctonía del *pueblo enfermo* (Arguedas, 1993), ante el propio “racismo minero” de raíz marxista que diagnosticaba en campesinos e indígenas una insuficiencia en la conciencia de clase, e incluso por fuera del ideario de la Revolución del 52 que quiso convertir en “*farmer*” a los indígenas “atrasados” y “premodernos”, hechos de raza que legitimaban una dominación política. Se ha producido, pues, una apelación al lenguaje de derechos que vino a cuestionar todo patrón de dominación basado en la raza, el prestigio del nombre, el saber “libresco” de los doctores y la ciudadanía de “primera clase”. En otros términos, se consumó un vuelco radical de lo que podemos llamar, con Bourdieu, “cultura legítima” (Bourdieu, 2003b); esto es, los principios sobre los que reposa la dominación política en virtud de los cuales los dominadores exigen y obtienen la obediencia de los dominados se ha roto y transformado.

Seguidamente, la pluralidad de proyectos y anhelos sociales que vieron luz: la conformación de un Estado Plurinacional y multicultural, la soberanía boliviana sobre los recursos naturales, la lucha por tierra y territorio, la apelación a la autodeterminación, protagonismo y dignidad e igualdad en términos de derechos ciudadanos, razas y culturas por parte de las mayorías plebeyas y nacional-populares, constituyen una realidad ético-política que se materializó en la Nueva Constitución Política del Estado; abonando un “nuevo constitucionalismo latinoamericano” (Martínez, 2008). A diferencia de las anteriores 18 constituciones que conoció Bolivia, la actual ha sido refrendada por la mayoría poblacional en masa, consolidó las relaciones de fuerza existentes y no se implantó “desde arriba” ni se injertó “desde afuera” sino que es el pasaje al “acto” de la potencia plebeya desplegada en el ciclo político, lo cual posibilita su arraigo en la cultura política del país.

Para esta realidad, el papel de los intelectuales no ha sido menor. Sus recorridos ya no se asemejaron a las figuras corrientes que transitaban el subcontinente: Ni a aquella tradicional del intelectual estadista de fines del siglo XIX, ni al que cabalgaba al unísono del cambio nacional-popular de mediados del siglo pasado, tampoco al intelectual comprometido de izquierda que retumbó en los 60 y 70, a distancia de aquella intelectualidad interesada en la “transición democrática”, pero incluso a diferencia de la más reciente profesionalización y experticia que parece dominar el ambiente de las ideas en los últimos años. Con todo, la intelectualidad boliviana se ha apropiado selectivamente de estas tradiciones, retomó la amplia tarea de “politizar la cultura” y la apuesta por una política de igualdad radical

que tan usual ha sido en América Latina, volvió a habitar el Estado y procuró hacerse de un saber riguroso. Sin embargo, también abandonó la crítica de las armas, el papel vanguardista, el academicismo autocentrado y el democratismo automatizado. Su singularidad, por tanto, muy posiblemente se encuentre en haber cooperado creativamente con la inteligencia emergente, siendo parte de un bloque de poder comandado por las fuerzas indígenas y campesinas, a las cuales acompañó desde su surgimiento, nutriendo sus propuestas y participando en la imagen de la sociedad a proyectar. Así, bajo el “ropaje arcaico del ayllu”, también resituó las directrices éticas y universalistas propias de la “modernidad” que tanto signaron el siglo pasado, liquidando las derivas “posmodernas” que vaciaban la necesidad de trabajar por un destino común.

A la par, quisimos aquí subrayar que si hasta la aprobación de la NCPE las fisuras en el bloque de poder y en el campo intelectual subalterno habían sido mínimas o poco visibles, desde entonces la ruptura pasó a ser la norma. De un lado, se sostiene un crudo realismo, esto es, que no estamos más que ante “tensiones creativas” propias de un verdadero proceso revolucionario, que sin desarrollo, sin crecimiento medido en términos de aumento del PBI, no habría políticas sociales y por tanto sobrevendría la plena restauración derechista (García Linera, 2012). Del otro, se advierte fuertemente sobre la ausencia de un proyecto emancipador real, acerca de la inexistencia de una política que tenga por premisa “vivir bien”, sobre la presencia de un proyecto que no hace más que ser el brazo de la expansión pura del capital.

Referencias bibliográficas

- ALBÓ, Xavier. (1992). “El retorno del indio” en *Revista andina*, Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas, Cuzco.
- ALBÓ, Xavier; ROJAS G. & TICONA E. (1995). *Votos y Whipalas. Campesinos y pueblos originarios en democracia*, Fundación Milenio–CIPCA, La Paz.
- ALBÓ, Xavier. (2008) *Movimientos y poder indígena en Bolivia, Ecuador y Perú*, CIPCA, Bolivia.
- _____. (2013) “Entre el autoritarismo y el pluralismo”, mimeo, CIPCA.
- ARGUEDAS, Alcides. (1993) *Pueblo enfermo*, FCE, México.
- BARRIOS SUVELZA, Franz Xavier. (2005) *El discurso neoliberal boliviano y la crisis de sus científicos sociales*, El juguete rabioso, Bolivia.
- BAUMAN, Zygmunt. (1997) *Legisladores e intérpretes*, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires.
- BOURDIEU, Pierre. (2003a) *Campo de poder, campo intelectual. Itinerarios de un concepto*, Quadrata, Argentina.
- _____. (2003b) *Creencia artística y bienes simbólicos*, Aurelia Rivera, Córdoba-Buenos Aires.

- CAJÍAS, Magdalena. (2007) “El componente anarquista en el discurso minero del pre-52”, mimeo, La Paz.
- DE SOUSA SANTOS, Boaventura Renovar. (2006) *La teoría crítica y reinventar la emancipación social*, CLACSO, Buenos Aires.
- FORNILLO, Bruno. (2007) “Encrucijadas del cogobierno en la Bolivia actual” en *OSAL*, año VIII, N° 22, septiembre, CLACSO, Buenos Aires.
- GARCIA LINERA, Álvaro. (s/f) *El “oenegismo”, enfermedad infantil del derechismo (O cómo la “reconducción” del Proceso de Cambio es la restauración neoliberal)*, Vicepresidencia del Estado Plurinacional, Bolivia.
- _____. (s/f) *Las Tensiones creativas de la Revolución. La quinta fase del proceso de cambio*, Vicepresidencia del Estado Plurinacional, Bolivia.
- _____. (2001) *La condición obrera. Estructuras materiales y simbólicas del proletariado de la minería mediana (1950-1999)*, Muela del diablo, Bolivia.
- _____. (2005) “Indianismo y marxismo” en *Revista Barataria*, número 2, marzo-abril, Malatesta, La Paz.
- GARCIA LINERA, Álvaro (2009) “El Estado plurinacional” en *Discursos y ponencias*, año 3, número 7, Vicepresidencia del Estado plurinacional, Bolivia.
- _____. (2012) *Geopolítica de la amazonía*, Vicepresidencia del Estado Plurinacional, Bolivia.
- GUTIÉRREZ AGUILAR, Raquel. (2008) *Los ritmos del Pachakuti. Movilización y levantamiento indígena popular en Bolivia*, Tinta limón, Buenos Aires.
- GUTIÉRREZ AGUILAR, Raquel, GARCIA LINERA Álvaro & TAPIA, Luis. (2000) “La forma multitud de la política de las necesidades vitales” en Álvaro GARCIA LINERA, Raquel GUTIÉRREZ AGUILAR, Raúl PRADA, y Luis TAPIA, op. cit.
- KOMADINA, Jorge & GEFFROY, Céline. (2007). *El poder del movimiento político. Estrategias, tramas organizativas e identidad del MAS en Cochabamba (1999-2005)*, Universidad Mayor de San Andrés, La Paz.
- MARTÍNEZ DALMAU, Rubén. (2008) “El proceso constitucional en Bolivia. Perspectivas desde el nuevo constitucionalismo latinoamericano” en *Cuadernos de Reflexión*, Vicepresidencia de la República, La Paz.
- MAYORGA UGARTE, Juan Antonio. (2007) (1996). *Gonismo. Discurso y poder*, Plural, Bolivia.
- MERCADO, René. (comp.) *Bolivia hoy*, Siglo XXI, México.
- ORELLANA Alberto & GARCÍA, Fernando. (2004) “Las lecturas de la democracia en Bolivia” en *Revista Política*, otoño, Número 42, Universidad de Chile, Santiago.
- PRADA, Raúl. (2000) “Hermenéutica de la violencia” en Álvaro GARCÍA LINERA, Raquel GUTIÉRREZ AGUILAR, Raúl PRADA y Luis TAPIA *El retorno de la Bolivia Plebeya*, Muela del Diablo, Bolivia.
- _____. (2010) “Estado y sociedad”, mimeo, Bolivia.
- _____. (2013) “Capitalismo andino amazónico e ilusión estadística”, mimeo, Bolivia.
- QUISBERT QUISPE, Máximo. (2007). “Gobierno de Evo Morales y los cercos políticos criollos-mestizos” en *Willka*, año 1, número 1, Centro Andino de Estudios Estratégicos, El Alto.
- REINAGA, Fausto. (2007) [1970]. *La Revolución india*, Wa-Gui, Bolivia.

- RIVERA CUSICANQUI, Silvia. (2009). “Ch’ixinakax utxiwa: prácticas y pensamientos descolonizadores” en *Le monde diplomatique*, diciembre, año 2, número 21, Bolivia.
- SAZBÓN, José. (2002). *Historia y representación*, Universidad de Quilmes, Buenos Aires.
- SOLIZ RADA, Andrés. (2001) *La fortuna del expresidente*, La tarde informativa, La Paz.
- SPEDDING, Alison. (2003) “Elites a la vuelta de la esquina. Vislumbres de un oficialismo en ciernes” en *La voz de la cuneta*, Colectivo editorial Pirata, La Paz.
- SVAMPA, Maristella. (2008) *Cambio de época*, Siglo XXI, Argentina.
- TAPIA, Luis. (2001) “Subsuelo Político” en Álvaro GARCÍA LINERA, Raquel GUTIÉRREZ AGUILAR, Raúl PRADA y Luis TAPIA *Pluriverso, teoría política boliviana*, Muela del diablo, La Paz.
- _____. (2002a) “Movimientos sociales, movimiento societal y los no lugares de la política” en Raquel GUTIÉRREZ AGUILAR, Luis TAPIA, Raúl PRADA y Álvaro GARCÍA LINERA, *Democratizaciones plebeyas*, Muela del Diablo, La Paz,.
- _____. (2002b) *La producción de conocimiento local. Historia y Política en la obra de René Zavaleta*, Muela del Diablo, La Paz.
- _____. (2004) “izquierdas y movimiento social” en Luis TAPIA, Álvaro GARCÍA LINERA & Raúl PRADA, *Memorias De Octubre*, Muela del Diablo, La Paz.
- _____. (2007) “La idea de cogobierno”, mimeo, La Paz.
- _____. (2008) *La coyuntura de la autonomía relativa del Estado*, Muela del Diablo, Bolivia.
- TICONA, Esteban. (2000) *Organización y liderazgo aymara. La experiencia indígena en la política boliviana 1979-1996*, Universidad de la Cordillera, La Paz.
- ZAVALETA MERCADO, René. (1983) “Las masas en noviembre” en ZAVALETA. _____ . (1986) *Lo Nacional–Popular En Bolivia*, Siglo XXI, México.
- _____. (1988a) *Clases sociales y conocimiento*, Amigos del libro, La Paz.
- _____. (1988b) *50 años de historia*, Amigos del libro, La Paz.

Documentos

Censo de población 2001.

Directorio Nacional de ONGs en Bolivia 2005-2006, Ministerio de Planificación y Desarrollo, Bolivia.

Resolución 01 CONAMAQ-CIDOB 18-01-2013.

Entrevistas

Patricia Costas, 2007.

Raúl Prada, 2009.

Alejandro Almaraz, 2009.

RECIBIDO: 18 de enero de 2013

APROBADO: 7 de mayo de 2013